

La *Vida y virtudes del padre Antonio Núñez de Miranda*, de Juan Antonio de Oviedo, y algunas consideraciones sobre la biografía novohispana del siglo XVII

Ma. Dolores Bravo Arriaga

Uno de los géneros que más proliferan durante el siglo XVII es el de las biografías de religiosos y de monjas que durante su vida destacaron por sus virtudes excepcionales, lo cual a su muerte les otorga una celebridad especial y un insistente olor a prodigio y a sublime grandeza espiritual. La gran cantidad de impresos que de estos tópicos existen en el Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional, nos mueven a verlos como un *corpus* literario que corresponde no a una moda de época sino a toda una manifestación profunda de la espiritualidad y la ideología barrocas novohispanas.

Las abundantes *Vidas* que sobre personajes con intencionado olor a santidad se escribieron, obedecieron entre otros impulsos a la voluntad de las personalidades que en la Nueva España nacieron o que bien, allí realizaron su excepcional existencia espiritual. La intención fue pues, doble: exaltar al protagonista y a la tierra que es escenario del milagro. El nacionalismo criollo que, en la segunda mitad del XVII alcanzó su punto cimero, tuvo entre otros antecesores a los, llamados por Francisco de la Maza, “cuatro evangelistas guadalupanos”, quienes hicieron de la Nueva España el auténtico paraíso elegido por la virgen apocalíptica. Ella fue, sin duda alguna, la más excelsa de todos los protagonistas hagiográficos de la época. Muy de cerca le siguió el mártir Felipe de Jesús, a quien Miguel Sánchez, el primero de esos “evangelistas”, llamó con fervor nacionalista “el venturoso de México, el más logrado de todos sus criollos, el más dichosos de toda nuestra patria”.¹

1. Miguel Sánchez, *Sermón de san Felipe de Jesús*, México, Imprenta de Juan Ruiz, 1640, f. 13r.

Como observamos en las palabras citadas, el entusiasmo hacia el personaje fue inherente al que despertó el ámbito novohispano como tierra de promisión sobrenatural. Fue así como Carlos de Sigüenza y Góngora concibió a México en su *Parayso occidental* de 1684, en el que escribió una colección de biografías de las monjas del Real Convento de Jesús María. El de Sigüenza, como ramillete de vidas ejemplares, no fue un libro aislado; dos de los más notables autores de la época, Vetancurt y Florencia, escribieron el *Menologio franciscano* y el *Menologio jesuita*, respectivamente. Vemos pues que el entusiasmo criollo por la literatura hagiográfica fue desbordante. En ella se cifró uno de los más legítimos signos de identidad novohispana. No obstante, esta exaltación de la santidad criolla tuvo sus límites, impuestos por la misma Iglesia. Esta contención fue doble en sus propósitos. Por un lado, se ciñó a la cautela que sobre personas y actos prodigiosos se debía tener; por el otro, contuvo a los escritores americanos en su afán de darle a la hagiografía local una peligrosa autonomía con relación a la península. Esto explica claramente que muchas biografías que circularon libremente al ser publicadas, fueran después prohibidas por la Inquisición.

Creemos que el estudio de las biografías novohispanas debe tomar en cuenta un importante elemento ideológico en estos textos: la “Protesta” que los autores debían forzosamente incluir y en la que manifestaban no sólo su apego a las disposiciones ortodoxas, marcadas por la Santa Sede en materia de obediencia canónica, sino que restringían el fervor que los escritores sentían por sus biografiados. Lo que queremos decir es que la “protesta” es una contención doctrinal.

Respecto a lo ideológico y a la intención conceptual del lenguaje empleado, el autor debía de guardar una gran cautela al referir las virtudes de su personaje. Las palabras no podían excederse a sí mismas, por lo menos así estaba codificado por los decretos pontificios. Veamos lo que el propio Sigüenza declaró en su *Parayso occidental*:

Y así digo que esta historia no merece más crédito que el que se debe a la diligencia cuidadosa de ajustar la verdad en lo que pide la gravedad de su materia, en que también puede haber falencia, como en las

CONSIDERACIONES SOBRE LA BIOGRAFÍA NOVOHISPANA DEL SIGLO XVII

historias humanas sucede a veces. Y así las palabras *santidad*, *santa*, *bienaventurada*, *gloriosa*, *virtud heroica*, *revelación*, *visión*, *profecía*, *milagro* y otras semejantes que se hallarán en la vida de la V.M. Marina de la Cruz y en las de otras personas que aquí se expresan, de ninguna manera son para que se les de culto, veneración, ni opinión de santidad, pues ésta sólo la califica la Católica Iglesia, a quien me postro y humillo como su hijo: y si por descuido, e inadvertencia (y sólo así puede ser) hubiere algo que bien no suene, tildese, bórrese, etc.²

La protesta de Sigüenza es muy similar a la que encontramos en los otros autores del género. La uniformidad se comprende, pues todos tenían que hacer un juramento formal de su ortodoxia. Entremos ahora al contenido de las *Vidas*. Si como hemos visto, los escritores no podían excederse en lo doctrinal ni otorgar a sus personajes la categoría de santos canonizados, sí podían dar rienda suelta a su creatividad e imaginación, pues como dice don Carlos se trata de “historias humanas” en las que puede haber “falencia”, que, según el *Diccionario de autoridades* quiere decir “poca seguridad de la subsistencia de lo que se asegura o se discurre”. Así, pues, la restricción que los biógrafos guardaban respecto a los decretos pontificios en materia de ortodoxia, la olvidaban al narrar las existencias “ejemplares” y “heroicas” de sus personajes.

Una de las hipótesis que tenemos es que ante la escasa producción de novelas en la colonia, las *Vidas* llenaron ese vacío de literatura ficcional. Su materia temática, la atracción por el protagonismo central de los personajes, la estructura secuencial de su contenido y, finalmente, la irrupción de lo sobrenatural y lo maravilloso hacen de estos textos auténticos relatos novelescos, por más que sus creadores no les dieran ese título. Además al igual que la novela como tal, las biografías nos narran la historia de una vida a través del tiempo y del espacio, destacándolos como coordenadas esenciales de la existencia humana.

Estos escritos obedecen a una estructura que se conforma a la vida exterior e interior del protagonista. Nos presentan un orden programático

2. Carlos de Sigüenza y Góngora, *Parayso occidental...*, Protesta, México, Juan Ribera, 1684, s/f.

similar al que rige la composición de las novelas caballerescas y picarescas. Siguen, también, naturalmente, el mismo desarrollo secuencial que se da en la hagiografía. Sabemos que en este género la obra clásica es *La leyenda dorada*, de Santiago de la Vorágine. Generalmente la hagiografía novohispana se estructura en dos o tres libros, de acuerdo a la cantidad de sucesos que el autor pretende narrar.

Del gran número de obras biográficas quisiéramos centrarnos sobre todo en las escritas por los padres de la Compañía de Jesús. Por un lado, encontramos las colecciones de biografías como es el citado *Menologio jesuita* del también evangelista guadalupano Francisco de Florencia. Al mencionarlo quisiera referirme a él como uno de los grandes prosistas del XVII, al cual creo que se debería revalorar. Florencia es un prolífico escritor mariano y un narrador innato. Tiene un magno libro que es la *Historia de la Compañía de Jesús en la Nueva España* (México, 1694), en el que introduce algunas biografías de los que establecieron la provincia jesuita en estas tierras. El antes citado *Menologio* es tan logrado en sus sintéticas biografías como es el de Vetancurt en las vidas franciscanas. Oviedo lo reimprime en 1747, añadiendo las vidas de los miembros de la Compañía que destacaron después de Florencia.

La cita que daremos a continuación refleja con gran claridad la configuración temática y conceptual que los jesuitas buscan en sus biografías:

Así también oyendo V.V. R.R. y mis carísimos hermanos los heroicos ejemplos de virtudes con que tanto jesuitas de esta Provincia, hijos verdaderos de N.P.S. Ignacio abandonaros, de veras el Mundo, y por medio de la verdadera humildad, mortificación de las pasiones, ejercicio de la oración y penitencia, ardiente celo de la salvación de las almas y de una exactísima observancia de las Reglas, se dedicaron del todo al amor y servicio de nuestro Adalid Jesús, y al provecho de los prójimos, sin perdonar a trabajos ni aun a su misma vida, perdiéndola algunos de ellos a manos de los idolátras, se alienten a seguir las huellas de sus hermanos, procurando todos cumplir con las altísimas obligaciones a que nos empeña nuestro Apostólico Instituto a mayor Gloria de Dios. Así sea.³

3. Juan de Oviedo, en *Menologio franciscano*, de Francisco de Florencia, prólogo, México, 1747, s/f.

CONSIDERACIONES SOBRE LA BIOGRAFÍA NOVOHISPANA DEL SIGLO XVII

Aunque bastante larga, premeditadamente la incluyo en su totalidad, pues es una declaración completa de la acción vital que debe seguir un miembro de la Compañía. Los biógrafos jesuitas resaltan siempre en especial la observación de la Regla y la eficaz austeridad en el dominio de sí mismo. Ésta es la concepción de héroe hagiográfico y literario que tienen los escritores de la Compañía. Si bien en ellos no aparece el colorido descriptivo de los franciscanos en su gusto por lo sobrenatural o prodigioso, sí encontramos la plasticidad realista de los sentidos interiores y de la profunda oración mental. Con estas características suplen también el detallismo cronológico que tanto gusta a los biógrafos agustinos. El autor de *Vidas* jesuitas incide en el ascetismo de su orden y en la fascinación que siente por el cumplimiento absoluto a la obediencia.

Es frecuente que los jesuitas formen sagas de biografías; los discípulos escriben sobre los maestros y los más jóvenes plasman la labor pedagógica, misionera o la fama de confesor o de predicador que cumplieron los padres de la generación anterior. Vemos, por ejemplo, que Oviedo escribe sobre Núñez de Miranda y Lazcano lo hace sobre Oviedo. Era muy importante cumplir la labor intelectual de preservar del olvido a los predecesores en la milicia de Cristo concebida por Loyola.

Hablemos ahora de Núñez de Miranda y Oviedo. Este último sintió una admiración sin reservas por el confesor de sor Juana. Además, Oviedo es un experto biógrafo, que encuentra un gran deleite en esa puntual reseña de la intimidad que es el género de las *Vidas*. También disfruta en la introspección por la que siempre pugnó su orden. La mayoría de los textos que de él se conocen son de este tipo. Tiene incluso una singular biografía de la virgen llamada *Vida de Nuestra Señora repartida en quince principales misterios*, de 1726. Al igual que Florencia, es autor de una colección de vidas que intitula *Elogio de muchos hermanos coadjutores de la Compañía de Jesús*.

Sin embargo su fama —sobre todo para los lectores modernos— reside en su biografía de Núñez de Miranda. Los estudiosos de sor Juana que se han acercado a su confesor, tienen como fuente primordial la obra de Oviedo, quien estuvo muy cerca de Núñez, tanto que para escribir su libro dispuso de los cuadernos del influyente personaje que rigió la

conciencia del conde de Baños y de otros virreyes, como los Mancera. La obra se intitula *Vida ejemplar, heroicas virtudes y apostólicos ministerios del V. P. Antonio de Miranda, de la Compañía de Jesús*, México, 1702. El título no es por demás original; el autor lo repite en la biografía que de un sensacional personaje hace, del padre Joseph Vidal, español misionero jesuita que ejerce su vida y su ministerio en la Nueva España. A diferencia de Núñez, quien fue un sedentario y excepcional “burócrata” de almas, Vidal eligió la azarosa y andariega existencia del apostolado misional. Es lógico que los textos sean distintos, empero, la última parte de ambas biografías es temáticamente parecida, pues se concentra en las “virtudes” de los dos sacerdotes. Ahora bien, por virtudes, el escritor jesuita entiende las inherentes a los votos del estado religioso, que se cumplen con una disciplina férrea y en la anulación voluntaria del ser: humildad, pobreza, castidad y obediencia. Núñez, según Oviedo —y es lo que el discípulo más admira en él— con el constante olvido de sí mismo que demanda la milicia ignaciana: “preservó de la corrupción de los vicios su bendita alma y la de otros muchos, que edificados de su religioso trato y santa conversación, siguieron fervorosos la estrecha senda de la virtud”. Si en Vidal Oviedo admira su paciencia con los naturales, de Núñez lo fascina el casi hipnótico miedo que despierta en sus hijos espirituales. De un virrey —inferimos que es el de Baños— dice Oviedo:

Y pudo tanto la entereza de estas palabras [V, Exa, haga lo que le pareciere: pero yo sé bien que esto es lo que debe hacer, y de no hacerlo se irá sin remedio a los infiernos sin pasar al Purgatorio] que mudó el señor Virrey de parecer, haciendo al pie de la letra cuanto el padre Núñez le había aconsejado, y decía que era notable el miedo que le tenía, quedando de allí adelante con más estima de su virtud, y venerándole como a gran siervo de Dios.⁴

Núñez tal vez —sin la voluntad consciente de Oviedo— se presenta como

4. Juan de Oviedo, *Vida ejemplar, heroicas virtudes y apostólicos ministerios del V.P. Antonio Núñez de Miranda, de la Cía. de Jesús*, México, Imprenta de Rodríguez Lupercio, 1702, fs. 114-115.

CONSIDERACIONES SOBRE LA BIOGRAFÍA NOVOHISPANA DEL SIGLO XVII

una autoridad terrible; como el asceta que se sabe el timo paradigma moral de una sociedad. Son varios los capítulos en los que nos habla de su mortificación, su penitencia y su continuo control de las pasiones. No en vano Núñez fue el confesor más prestigiado de su sociedad. Por último diremos que Oviedo destaca a una singular y extraña personalidad que no le temió, por el contrario, el austero personaje le temió a ella. Hablamos, claro, de sor Juana.

Terminemos con las palabras de Oviedo, cuando nos habla de la conflictiva relación entre el jesuita y la monja jerónima, refiriendo que el confesor no logra persuadir a la escritora de abandonar su vocación intelectual:

Viendo pues el padre Antonio que no podía conseguir lo que deseaba, se retiró totalmente de la asistencia a la madre Juana, llorando si no mal logradas, por lo menos no tan bien logradas como quisiera aquellas singularísimas prendas; mas nunca dejó de encomendar a Dios a su espiritual hija; y sin duda fue efecto de sus misas y oraciones la admirable mudanza de la madre Juana dos años antes de su muerte.⁵

Como corolario, Oviedo da el triunfo a Núñez en el terreno de la renuncia y la claudicación de la poetisa. Gran satisfacción denotan estas lapidarias palabras:

entregó su alma en las manos de su Esposo, como de su misericordia esperamos, a los dos meses cabales de la dichosa muerte de su padre espiritual y director el padre Antonio Núñez dejando más edificada con su resolución y ejemplos singulares de virtud a toda esta ciudad, de lo que la había admirado con su ingenio, escrito y talentos.⁶

Esto lo dice a siete años de muertos los dos. Hoy, a casi trescientos, el biógrafo jesuita tendría honestamente que modificar su juicio ante la admiración que se profesa a sor Juana.

5. *Idem*, f. 136.

6. *Idem*, f. 137.